

PENITENCIA Y EUCARISTIA EN EL MISTERIO DE LA REDENCION *

WACLAW SWIERZAWSKI

La vida y la enseñanza de Juan Pablo II son, por así decirlo, un comentario del Concilio Vaticano II, la gran obra de sus predecesores Juan XXIII y Pablo VI. En su Introducción a la versión polaca de las Constituciones, Decretos y Declaraciones del Concilio, el Cardenal Karol Wojtyla escribió: «Gracias al Concilio la Iglesia ha entrado, según parece, en una nueva etapa de fidelidad a la misión universal de Cristo y de amor por las obras divinas de la creación, redención y santificación». Su primera encíclica, en el comienzo mismo del nuevo pontificado, es otro hecho más de este testimonio y lealtad.

Al introducir la exposición de Juan Pablo II sobre la Penitencia y Eucaristía no puedo pasar por alto el contexto del documento en su conjunto, incluyendo el título. El título es claramente cristocéntrico, aunque con una subdominante de antropología y personalismo. La cristología de la encíclica es universalista: describe el hecho de la Redención relacionándolo con la creación y la santificación. Pone el énfasis en la tarea y en la realización de la obra de Cristo y en la misión de la humanidad. Ambas quedan supeditadas a la influencia de la redención, obra divina, intervención del poder de Dios que rompe nuestras cadenas y nos conduce al Reino de la Promesa Divina, a la comunión con Dios y a la salvación. Estos acontecimientos objetivos reclaman un eco en el sujeto, una reacción de los hombres, cuya respuesta a la Alianza es mantener, mediante su cooperación, una comunión en la que la parte principal y la iniciativa las lleva Dios, actuando a través de Jesucristo, el Re-

* Un ensayo basado en la encíclica *Redemptor hominis* de Juan Pablo II.

dentor, y del Espíritu Santo, el Santificador. Esta comunión es la Iglesia establecida gracias a la Eucaristía.

Aunque la doctrina de la Penitencia y de la Eucaristía cuantitativamente comprende sólo una pequeña parte de la encíclica, es de crucial importancia para su plena comprensión. Juan Pablo II aclara que sus pensamientos y reflexiones acerca de Jesús y del misterio de la redención se presentan mediante la óptica de la Eucaristía. Contempla a Jesucristo no sólo a la luz de su muerte y resurrección, sino también a través del misterio de la Encarnación, que es una fuente de gran valor en la comprensión de la antropología teológica y proporciona un entramado congruente en relación con las tesis de la teología de la realidad temporal. Finalmente la perspectiva del Papa se extiende a la Parusía, cuando vuelva otra vez a juzgar y el hombre habrá de rendir cuentas de su administración. El amplio alcance de este acercamiento se hace posible en virtud de la presencia eucarística «aquí y ahora» en la liturgia del «Cristo total», Cristo en todos sus misterios, como expresamente se recuerda en alguna fórmula anamnética que menciona los misterios de la vida de Jesucristo desde su nacimiento —pasando por su muerte, resurrección y ascensión, Pentecostés— hasta la Parusía. Y cuando decimos «Cristo total», queremos significar también que Cristo vive en su Iglesia. Porque es aquí donde se revela la plenitud del dinamismo redentor del Hijo de Dios. Cristo no sólo vive en la Eucaristía; El además está activo y a través de la Eucaristía rige la Iglesia y el mundo. El dinamismo del sacramento de la Eucaristía es el fermento de la «misión de la Iglesia de Dios».

Apenas clausurado el Concilio Vaticano II se suscitó la cuestión sobre qué había aportado el Concilio a la teología de la Eucaristía. Todavía se sigue haciendo la misma pregunta. Surgió de nuevo tras la promulgación de la encíclica *Redemptor hominis* y, aún más enfáticamente, después de la publicación de la Carta de Juan Pablo II sobre el misterio y el culto de la Eucaristía (24 de febrero de 1980). En respuesta a este interrogante no basta —como a primera vista podría parecer a los lectores de ambos documentos— decir que la Eucaristía ocupa el centro de la Iglesia y que tiene una importancia claramente eclesial y también ecuménica; que enlaza con el conjunto de la vida cristiana siendo la fuente que la vivifica, y que es el alma del afán apostólico y de la devoción. Una adecuada solución de este asunto exige prioridad en responder al tema principal, poner de manifiesto la presencia de Cristo resucitado en el con-

junto de la liturgia y en la celebración de la Eucaristía. En la celebración de la Eucaristía aparece la misteriosa presencia del Señor en su pueblo, el Esposo para la Esposa. Esta presencia se expresa a través de la liturgia en la asamblea —Cristo presente en la comunidad—, en la liturgia de la Palabra —Cristo presente en sus propias palabras—, y en la liturgia de la transustanciación de las ofrendas —Cristo presente en las especies de pan y de vino. Finalmente, gracias a la presencia de Cristo en el sacerdote que celebra la Eucaristía, los modos arriba expresados en los que el Señor está presente se conectan por un eslabón específico, dinámico, que constituye una cadena continua y progresiva. Este dinamismo proporciona, por así decirlo, una inspiración creadora que trae nueva vida no sólo para el ministro de la liturgia, sino también para aquellos que participan y vienen con fe y amor al encuentro de la revelación del Amor.

El Cuerpo del Señor resucitado, el Pan eucarístico, el Pan de redención y salvación que lleva consigo el dinamismo santificador del Espíritu Santo, este banquete sacramental transforma de un modo misterioso a aquellos que participan de él con fe. Gracias a él, día tras día la comunidad es conducida cada vez más profundamente a la posesión del Reino. Cada día el mundo se purifica más del pecado, porque la penitencia y su entrega total son condición indispensable para la fructuosa participación en la Eucaristía y en la Alianza. Así la Iglesia viene a ser no sólo la sal de la tierra, sino el fermento que trae nueva vida al mundo. Ella toma conciencia de éste a través de su propia identidad y a través de su misión, gracias a la naturaleza concreta de su obra.

La exposición de Juan Pablo II en la *Redemptor hominis* sobre la Eucaristía y la Penitencia debe ser entendida en este amplio contexto. Si el documento se lee desde este punto de vista, ciertos aspectos se hacen más patentes llevando a una consideración más profunda. Un punto sumamente notable y significativo es el hecho de que, del amplísimo espectro de aspectos teológicos de la Eucaristía, el Papa recoge uno sólo: Eucaristía y Penitencia. Esta es una característica muy importante. Prestar atención sólo a un aspecto de esta relación, la unión indisoluble entre el sacramento de la Eucaristía y el sacramento de la Penitencia, símbolo de la unión entre Cristo —la Eucaristía— y su Iglesia —la Penitencia—, es aportar una sugerencia extraordinariamente valiosa para ulteriores estudios.

I. LA EUCARISTÍA

1. *El cristocentrismo del sacrificio eucarístico*

Todos recordamos bien que el abandono de la multiseccular tradición de celebrar la Eucaristía mirando el sacerdote en la misma dirección que el pueblo, en otras palabras, mirando a la pared —o mejor, al retablo del altar—, y la sustitución por el nuevo altar «conciliar», fue un duro golpe para muchos. Aunque los liturgistas nos recomendaban no mirar el problema como una elección entre alternativas: el altar como mesa de sacrificio o como mesa de banquete, sin embargo el hecho es que desde el Concilio Vaticano II ha habido un cambio de acento al explicar en qué consiste la Santa Misa, pasando del Sacrificio al banquete comunitario. Como resultado se ha encarecido la importancia de la asamblea litúrgica, que en muchos países ha proporcionado una oportunidad para manifestar y celebrar la fraternidad humana, unido al encuentro gozoso en la Eucaristía con el Señor resucitado, lo que ha venido a ser el punto central de la vida cristiana. El uso de cambiar el tabernáculo desde su sitio central a una capilla lateral, es un fenómeno estrechamente relacionado con esta tendencia.

Todo esto es verdad. Porque la vida de la comunidad cristiana es saludable cuando tiene la presencia vivificante del Señor y es consciente de la presencia en medio de ellos de Cristo resucitado. Es el Kyrios quien con su presencia confiere un poder especial a los signos litúrgicos de los fieles y a las palabras de su proclamación. Porque el Señor desea hacer uso de su presencia en medio de la comunidad para llevar a término su epifanía a través de la palabra y del signo. Después de la Resurrección se apareció y los discípulos reconocieron al Señor durante la comida ((Mc 16, 14; Lc 24, 30-32; Io 20, 19-29; Act 10, 41). La presencia de Cristo entonces fue una presencia activa. En la asamblea sagrada experimentaron los discípulos la verdad de su promesa: donde hay dos o tres reunidos en el nombre de Jesús, allí está El en medio de ellos (véase Mt 18, 20).

Pero no debemos olvidar la primera parte del drama. La Eucaristía no es sólo continuación de la comunión en la comida compartida por Cristo resucitado y sus discípulos, es también la presencia en la Iglesia de su sacrificio en la cruz. No hay contradicción con la Eucaristía con el Señor resucitado, lo que ha venido a ser el

punto central de la vida cristiana. El uso de cambiar el tabernáculo esto por el hecho de que el sacramento de la Eucaristía fuera instituido en la Última Cena. Sería un error pretender que la esencia o la cualidad fundamental de la celebración de la Eucaristía está en el banquete, porque, aunque la Misa puede ser llamada sacrificio con modalidad de banquete (Mahlopfer) ya que su cumplimiento y culminación acontece con la comida comunitaria, no puede, sin embargo, ser llamada banquete sacrificial (Opfermahl), dado que el banquete sacrificial es sólo una parte constitutiva, y no el aspecto más importante o fundamental del conjunto (J. A. Jungmann). Tampoco es suficiente decir que el Sacrificio es una representación del Banquete, pues la Misa entonces no sería un sacrificio visible, tal y como es descrita por el Concilio de Trento (Ses. XXII, can. 2) y toda la Tradición. Vale la pena observar que hasta la Reforma en el s. XVI, nunca la Eucaristía fue considerada sólo como banquete.

En el texto de Juan Pablo II leemos: «En este Sacramento (de la Eucaristía) se renueva continuamente, por voluntad de Cristo, el misterio del sacrificio, que El hizo de sí mismo al Padre sobre el altar de la Cruz; sacrificio que el Padre aceptó, cambiando esta entrega total de su Hijo que se hizo 'obediente hasta la muerte' con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección, porque el Padre es el primer origen y el dador de la vida desde el principio. Aquella vida nueva, que implica la glorificación corporal de Cristo crucificado, se ha hecho signo eficaz del nuevo don concedido a la humanidad, don que es el Espíritu Santo, mediante el cual la vida divina, que el Padre tiene en sí y que da a su Hijo, es comunicada a todos los hombres que están unidos a Cristo. La Eucaristía es el Sacramento más perfecto de esta unión» (*Redemptor hominis*, núm. 20).

Recordar el Sacrificio como el aspecto dominante de la Eucaristía es, al mismo tiempo, una muestra de cómo deben ponerse los fundamentos de una fructuosa comunión y de una comunidad permanente. Como es natural, nos da en pocas palabras la tesis completa de la encíclica, según expresó en el propio título *Redemptor hominis*. Aunque la atención principal parece centrarse en el hombre, aunque el hombre es el sujeto principal de la antropología teológica, sin embargo el centro real es siempre Jesucristo. La dignidad del hombre es su dignidad en Cristo. Las palabras del Papa: «sin Cristo el hombre no se conoce a sí mismo», hacen eco a esta verdad.

Gracias a nuestra participación en la Eucaristía y, en mayor escala, gracias a nuestra participación en el «sacerdocio real», por el que todos nosotros «llegamos a ser al mismo tiempo 'reino y sacerdotes'..., participamos en la única e irreversible devolución del hombre y del mundo al Padre, que El, Hijo eterno y al mismo tiempo verdadero Hombre, hizo de una vez para siempre» (*Redemptor hominis*, núm. 20). De esta forma la Eucaristía es la función más específica de Cristo Rey, la función de establecer «el Reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (Prefacio de la Solemnidad de Cristo Rey). El Sacrificio causa la unidad; el Sacrificio establece la comunión. Su fruto primero es la Iglesia.

2. *La Eucaristía edifica la Iglesia*

Esta tesis, reiterada por el Concilio Vaticano II, tiene profundas raíces en la Tradición de la Iglesia. Para encontrar el sentido real de la comunidad litúrgica y para descubrir la verdadera dimensión de toda comunión cristiana (bien litúrgica, bien en el matrimonio, en la familia o en la amistad), debe ser siempre «edificada y renovada sobre el fundamento salvífico del sacrificio de Cristo». Las palabras de la Consagración, repetidas por los sacerdotes en forma de proclamación ceremonial del «Cuerpo que ha sido entregado» y de la «Sangre que ha sido derramada» para la «remisión de los pecados», son un continuo recordatorio de esto mismo. La tesis de que la Eucaristía establece y edifica la Iglesia es también un recuerdo de que la Iglesia vive gracias a la Eucaristía. Es por el Sacrificio —el sacrificio que se ofrece y es aceptado, el sacrificio de Cristo y de la Iglesia— por lo que la comunión entre el Padre y la Iglesia se consolida por Cristo a través del Espíritu Santo. También tiene lugar la unión del Pueblo de Dios por el amor mutuo. Su comida fraternal compartida adquiere un sentido especial. Como en la Última Cena, también ahora cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, los elementos del banquete —pan y vino— abarcan el Sacrificio de la vida de Cristo, y también incluyen la aceptación por el Padre de este sacrificio, como atestigua el milagro de la resurrección. Este sacrificio es una realidad que tiene la condición de fuente; porque de él saca la comunidad de los fieles nueva vida.

El Papa recuerda que «el empeño esencial y, sobre todo, la gracia visible y fuente de la fuerza sobrenatural de la Iglesia como

Pueblo de Dios, es el perseverar y el avanzar constantemente en la vida eucarística, en la piedad eucarística, el desarrollo espiritual en el clima de la Eucaristía» (*Redemptor hominis*, núm. 20). En este sentido, apunta un problema pastoral particularmente importante aunque también sobremanera difícil. La actitud de los que se denominan a sí mismos «católicos creyentes pero no practicantes» es bien conocida. La inquietud del sacerdote preocupado por los métodos con que llevar a sus gentes de la Misa dominical hasta el corazón del Misterio eucarístico y familiarizarles con la idea de la Sagrada Comunión frecuente o diaria es también conocida. La necesidad de un método completo de instrucción catequética para adultos como introducción a la rica realidad de la Eucaristía, adquiere, en este contexto, la importancia de una tarea altamente responsable. Aquí está precisamente el aspecto de la Eucaristía en su perspectiva de «Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia», como hace destacar el Papa, que indica el camino del futuro progreso.

El asunto resulta así claro: el altar es a la vez mesa del sacrificio y mesa del banquete. El Cuerpo eucarístico y el Cuerpo eclesial son inseparables; la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo. Ella es el Pueblo de la Alianza con Dios. El Misterio Pascual, en lo que tiene de sacrificio, y la Alianza son una y la misma realidad. La celebración del Misterio Pascual, oficiar la Santa Misa y administrar la Eucaristía son todo un acto que mantiene la Alianza, pero sólo porque el fundamento de la Eucaristía descansa en la muerte Redentora de Jesucristo. Su muerte es el acontecimiento que establece la Alianza. Y por esto, la celebración y administración de la Eucaristía es el acto más profundo de la vida de la Iglesia, porque la naturaleza más profunda de la Iglesia consiste en la unión alcanzada por la sumisión de los miembros del Cuerpo eclesial de Cristo a la norma trazada por su propio sacrificio de siervo (1 Cor 11,17-34).

3. *Oportunidades y límites de la espontaneidad litúrgica*

Este problema está estrechamente relacionado con los aspectos de la Eucaristía como Sacrificio, Comunión y Presencia, y debe ser resuelto, por tanto, en su contexto. Cuando el Papa habla del «deber de una rigurosa observancia de las normas litúrgicas y de todo lo que atestigua el culto comunitario tributado a Dios mismo, tanto más porque, en este signo sacramental, El se entrega a nosotros con

confianza ilimitada, como si no tomase en consideración nuestra debilidad humana, nuestra indignidad, los hábitos, las rutinas o, incluso, la posibilidad de ultraje» (*Redemptor hominis*, núm. 20), indica el auténtico equilibrio que debe regir la relación del sacrificio con la comunidad (incluyendo al oficiante de la celebración, que es también miembro de la comunidad).

La fidelidad a las normas litúrgicas y las iniciativas litúrgicas espontáneas pueden estar determinadas por una correcta comprensión de la teología de la Eucaristía que, como hemos puesto de relieve siguiendo la línea de pensamiento de la encíclica, se concentra en el mantenimiento de un equilibrio entre el Sacrificio y el Banquete, tal y como se expresa en la frase sucinta «sacramentum sacrificii». De acuerdo con esto, un año después de la publicación de la *Redemptor hominis*, Juan Pablo II formuló el principio general de modo más explícito en la Instrucción *Inaestimabile Donum* sobre algunas normas acerca de culto del Misterio Eucarístico. En este documento repite, siguiendo a Santo Tomás de Aquino, que «incurre en falsedad el que, de parte de la Iglesia, ofrece a Dios un culto contrario a la forma que, con autoridad divina, la Iglesia misma ha instituido y continúa observando». El Papa añade estas palabras: «los fieles tienen derecho a una Liturgia verdadera, que es tal cuando es la deseada y establecida por la Iglesia, la cual ha previsto también las eventuales posibilidades de adaptación, requeridas por exigencias pastorales en los distintos lugares o por los distintos grupos de personas. Experiencias, cambios, creatividad indebidos, desorientan a los fieles. Además, el uso de textos no autorizados hace que venga a faltar el nexo necesario entre la *lex orandi* y la *lex credendi*. A este respecto hay que recordar la advertencia del Concilio Vaticano II: 'nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la liturgia'. Pablo VI ha recordado que 'quien se aprovecha de la reforma para darse a experiencias arbitrarias, dispersa energías y ofende el sentido eclesial'» (*Inaestimabile Donum*, introd.).

Estas exhortaciones, cuando piden —en particular a los celebrantes— que se adhieran poco menos que ascéticamente a las normas establecidas por el legislador litúrgico competente —la Santa Sede y las iglesias locales—, no son obstáculo para una espontaneidad bien entendida. Sin embargo, proporcionan una clara indicación de cuál es el factor dominante aquí. Porque espontaneidad no quiere decir «creatividad» sin límites en continua búsqueda de innova-

ciones; como en la buena música, se requiere fidelidad a la partitura, aunque se deje espacio a la inventiva creadora del virtuoso en la interpretación de la pieza. La resurrección nace de la cruz y la vida de la muerte; así la espontaneidad en la liturgia proviene de la fidelidad a las «palabras del Maestro en el Evangelio por medio del servicio de la verdad, pero también por medio de una esperanzada y amorosa sumisión a su fuerza redentora en acción» (cfr. *Redemptor hominis*, núm. 20). Este aspecto de la actividad litúrgica debe ser también relacionado, como recuerda el Papa, con las palabras de San Pablo: «Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz» (1 Cor 11,28). Es incluso de mayor relevancia la relación entre Eucaristía y Penitencia.

II. PENITENCIA

1. *Conversión y experiencia de Dios*

Junto con la erección de un «altar comunitario», símbolo que destaca el aspecto de Comida o Banquete en la Eucaristía, en muchos países occidentales —a la vez que los confesionarios— empezaron a funcionar para impartir el sacramento de la Penitencia los llamados «lugares de Reconciliación». El propósito era enriquecer el encuentro del penitente con el confesor a través de elementos personalísticos, que —téngase en cuenta— están mejor expresados a través de la espléndida institución de la dirección espiritual, por desgracia bastante inoperante en Occidente. Como resultado surgieron demandas de una experiencia más y más compartida del sacramento de la Penitencia, sustituyéndola algunas veces por una absolución general. Hay una cierta similitud entre esta tendencia y las que aparecen en la práctica pastoral del sacramento de la Eucaristía. El fondo de ambas tendencias revela interpretaciones teológicas que oscilan entre poner el énfasis sobre el Sacrificio o la Comunión, sobre la Cruz o sobre la Resurrección.

Básicamente no habría nada de malo en esto, si se guardaran las justas proporciones entre ambas. La historia de la Iglesia nos revela que un cierto grado de polarización probablemente ha existido siempre, originando un cambio alterno de énfasis de un lado a otro. El daño vino cuando, después del Concilio Vaticano II, se relajó

en algunos países el vínculo entre el sacramento de la Eucaristía y el de la Penitencia, lo que condujo en ciertas comunidades al declive de este último. A la vez comenzó a disminuir el espíritu de sacrificio y de penitencia, así como la preparación adecuada para participar de la Eucaristía.

La exposición de Juan Pablo II sobre la Eucaristía y la Penitencia muestra la interdependencia radical de los dos sacramentos. Se señala la necesidad de una conveniente preparación para participar de la Eucaristía, participando de la Penitencia; y destaca también lo contrario: la necesidad de una continua conversión como resultado de una Comunión provechosa.

«La Eucaristía y la Penitencia» —escribe el Papa— «toman así, en cierto modo, una dimensión doble, y al mismo tiempo íntimamente relacionada, de la auténtica vida según el espíritu del Evangelio, vida verdaderamente cristiana. Cristo, que invita al banquete eucarístico, es siempre el mismo Cristo que exhorta a la penitencia, que repite el 'arrepentíos'. Sin este constante y siempre renovado esfuerzo por la conversión, la participación en la Eucaristía estaría privada de su plena eficacia redentora, disminuiría o, de todos modos, estaría debilitada en ella la disponibilidad especial para ofrecer a Dios el sacrificio espiritual» (*Redemptor hominis*, núm. 20).

Volvamos por un momento a nuestra idea fundamental. Entre Penitencia y Eucaristía existe un permanente y profundísimo vínculo que nunca puede romperse. Se considera generalmente que el sacramento de la Penitencia prepara el camino para participar en la Eucaristía. Esto es verdad, pero también es cierto que la Eucaristía nos prepara para una plena participación en el sacramento de la Penitencia. Tomar parte en la Eucaristía, considerada como el ofrecimiento conjunto de Cristo y de nosotros mismos, estimula en los que comulgan el espíritu de sacrificio y de penitencia en un sentido más amplio que el abarcado por los actos penitenciales. Es el camino que conduce al «corazón del santuario para el encuentro comunitario con Dios», es el sendero que conduce a la experiencia de Dios. Recordemos cómo el camino cerrado por el pecado se abre en el Misterio Pascual, que revela la inmensidad del Amor de Dios hacia todos los hombres. El sacrificio de la cruz viene a ser así no sólo el motivo del perdón y de la purificación del pecado, sino también el fundamento de la Alianza con Dios y de la amistad con el Esposo. Esta intervención de Jesucristo se extiende por medio de la liturgia de los

sacramentos, particularmente de los sacramentos de iniciación, y también del sacramento de la Penitencia o reconciliación. Este es el sacramento que resume y, en cierto sentido, reitera el proceso de iniciación en quienes han seguido la senda de «hijos pródigos». La participación en el sacramento de la Penitencia, conocida como el «bautismo arduo», es así expresión de una decisión consciente, la elección del sendero de regreso hacia la reconciliación con Cristo. La confesión del pecado es una profesión de fe en Dios. En el momento del perdón sacramental, Dios mismo ocupa el lugar del pecado en el alma humana. Por eso, no existe otro medio para el encuentro real y el conocimiento de Dios que el arrepentimiento. Para el individuo, antes de esta conversión Dios sólo puede ser una palabra, un concepto, un presentimiento o deseo, el Dios de los filósofos y poetas, pero no el Dios revelado a través de su Amor, ni el Dios que dice al hijo pródigo cuando regresa: «todo lo mío es tuyo» (Lc 15,31). Cuando Dios perdona nos permite conocerle, nos introduce en la comunión con El, en su amistad, y nos permite experimentar la alegría a causa de su amistad. «El hombre que conoce su propio pecado», escribe San Isaac el Sirio (s. VI) describiendo la penitencia cristiana, «es más grande que el hombre que devuelve con su oración la vida a un muerto. El que conoce su debilidad es mayor que el que ve ángeles. El que —solitario y contrito— sigue a Cristo, es más grande que el que recibe aplausos en la Iglesia».

2. La dimensión comunitaria de la penitencia requiere una profundización en el espíritu de sacrificio personal

La más grande paradoja de la Iglesia es su pueblo, ya redimido pero que tiene todavía que completar su redención. En este proceso de acabamiento, el papel principal lo desempeñan la Eucaristía y la Penitencia. La Eucaristía es el centro de purificación e incremento cualitativo de la Iglesia. Es la Eucaristía la que libera a la Iglesia del pecado, porque —durante su celebración— la Sangre derramada para la remisión de los pecados (Mt 26,28) es un clamor dinámico de purificación y una fuerza purificadora. La Eucaristía erradica gradualmente de las almas de los bautizados el clima mismo o la tendencia al pecado, que se identifica con el espíritu de este mundo pero que ha sido vencido por la muerte de Cristo. Es aquí donde la Iglesia refuerza su ser mediante un éxodo espiritual, gracias al cual los discípulos de Cristo pasan de la muerte a la vida, del pecado a la

santidad. Aquí se alcanza la Tierra Prometida, la unión con Cristo y con nuestros hermanos.

El sacramento de la Penitencia es, para el pecador que se acerca, como el hijo pródigo que retorna al Padre. El reconoce y confiesa sus pecados, haciéndose cargo de su indignidad ante Dios y ante sus hermanos. Para su encuentro sacramental trae consigo un «corazón contrito», el arrepentimiento, y un espíritu de penitencia. De esta forma, la materia del sacramento es algo personal: contrición, confesión humilde, satisfacción, y vuelta a la comunión con la Iglesia representada por el sacerdote. Así, en el acto sacramental de la Penitencia, el aspecto comunitario se combina con el individual. El espíritu de sacrificio del individuo, en el que «la persona se manifiesta a sí misma desde la profundidad de su conciencia, con todo el sentido de su culpabilidad y de su confianza en Dios», viene a ser, podría decirse, fermento para toda la comunidad reunida. En correspondencia, la congregación de la Iglesia —por medio de su amor, plegaria, ejemplo y particularmente a través de los actos de penitencia (donde la dimensión comunitaria de la penitencia es cada vez más extensa, especialmente en el ministerio penitencial)— realiza una función verdaderamente maternal con respecto al individuo: tanto para el individuo que necesita ser llevado a Cristo como para el que necesita unirse aún más fuertemente con El.

Porque comprende el carácter multidimensional de estas situaciones, «la Iglesia, custodiando el sacramento de la Penitencia, afirma expresamente su fe en el misterio de la Redención, como realidad viva y vivificante, que corresponde a la verdad interior del hombre, corresponde a la culpabilidad humana y también a los deseos de la conciencia humana» (*Redemptor hominis*, núm. 20). De este modo, el sacramento de la Penitencia puede ser contemplado, por un lado, en su contexto apropiado en relación con la Eucaristía, sobre todo si se le considera como ocasión privilegiada de dirección espiritual; y por otra parte, contribuye a la profundización de la penitencia como virtud.

Aunque el Papa no menciona expresamente las formas de la penitencia en su encíclica, sin embargo, al remitir a sus lectores a la Constitución Apostólica *Paenitemini* (1966) de Pablo VI, ya indica lo que él entiende por penitencia. Esta Constitución, que introdujo algunos cambios en la práctica de la penitencia, establece las normas de la ascética contemporánea. Contiene una advertencia contra la asunción de un estilo de penitencia sólo interior y religiosa, alentan-

do la práctica externa de esta virtud y poniendo gran énfasis en que es indispensable en la vida de la sociedad moderna. Aparte de las formas tradicionales de penitencia, ayuno y abstinencia, recomienda también la búsqueda de nuevas formas. Las formas comunitarias de penitencia ya mencionadas enriquecen la práctica penitencial en la Iglesia moderna.

3. *La Eucaristía y la Penitencia como fermento de la «misión de la Iglesia de Dios»*

Para concluir estas reflexiones volvamos a su punto más importante. Enlazando deliberadamente dos aspectos escogidos de la sacramentaria, la Eucaristía y la Penitencia, el Papa expone su propósito muy claramente: «Es cierto que la Iglesia del nuevo Adviento, la Iglesia que se prepara continuamente a la nueva venida del Señor, debe ser la Iglesia de la Eucaristía y la Penitencia. Sólo bajo ese aspecto espiritual de su vitalidad y de su actividad es ésta la Iglesia de la misión divina, la Iglesia 'in statu missionis', tal como nos lo ha revelado el Concilio Vaticano II» (*Redemptor hominis*, núm. 20).

Desde aquí recuerda el Papa que no somos nosotros los que tenemos que hacer a la Iglesia de índole misionera; que no es nuestro propio dinamismo el que hará de Ella una «zarza ardiente». Pero nuestra comprensión de la naturaleza de la Iglesia nos transformará en misioneros. Al reconocer nuestra propia identidad, merced a la condición de miembros de la Iglesia, llegamos a ser «levadura». Lo experimentamos de un modo privilegiado, al participar de la Eucaristía. Escuchando la Palabra de Dios en la Eucaristía, aprendemos y llegamos a conocer el misterio de Cristo; o, en otras palabras, el misterio de Cristo y de nosotros mismos, el misterio de la Iglesia. Sometiéndonos a su fuerza redentora que obra a través del sacramento, descubrimos en la Sagrada Comunión una fuente de dinamismo apostólico y misionero. De esta manera la celebración de la Eucaristía es un acto misionero. Esto puede sonar paradójico, pero es una realidad. Al recibir a Cristo en la Sagrada Comunión recibimos dinamismo misionero. Este dinamismo contribuye a nuestro continuo crecimiento y madurez espiritual, y provoca también la realización del más profundo deseo de Cristo: enciende un gran fuego a partir de la chispa traída por El al mundo. El Redentor del

hombre ahora está vivo y realizando su misterio de salvación cuando mora en sus discípulos.

«Aquella vida nueva», como Juan Pablo II nos recuerda, «que implica la glorificación corporal de Cristo crucificado, se ha hecho signo eficaz del nuevo don concedido a la humanidad, don que es el Espíritu Santo, mediante el cual la vida divina, que el Padre tiene en sí y que da a su Hijo, es comunicada a todos los hombres que están unidos a Cristo».